

Sócrates-Pou

12
ENERO
2016

Marc Llorente
(publicada en su Blog, pero no en el periódico impreso)

La justicia, la virtud, el amor o el conocimiento de uno mismo componen la base del filósofo griego Sócrates. La riqueza interna y una vida superior por el camino de la honestidad. Es decir, el desarrollo de las facultades mentales y anímicas por encima de las ambiciones materiales. Un ejemplo de serenidad y sensatez.

Por paradójico que nos resulte, todo ello le condujo, en el ámbito de una joven democracia, a ser condenado por un tribunal a la pena de muerte. Se le juzgó por no reconocer a los dioses atenienses y corromper a la juventud. Y la condena consistió en envenenamiento por cicuta, método habitual en aquel entonces (año 399 a. C). Pudo eludir la tragedia, gracias a sus influyentes amigos, pero no quiso saltarse la ley con argucias, por injusta que fuese.

Por ahí camina la obra *Sócrates, juicio y muerte de un ciudadano*, de Mario Gas y Alberto Iglesias. Esto exige que una autoridad escénica en el campo de la interpretación, como el gran José María Pou, imponga su estatura teatral. Un poderoso gigante que inunda el escenario. Los cambios de ritmo, de volumen de su voz y las tonalidades conforman una diversidad expresiva que atrapa a los espectadores, quienes llenaron el coliseo alicantino para ver de nuevo a Pou y aplaudir mucho.

El limpio y ajustado texto, con todas sus variaciones, y la valiosa puesta en escena de Mario Gas se apoyan en el distanciamiento al estilo de Bertolt Brecht, que no esconde la teatralidad. La subraya. Desde el presente se recrea lo sucedido, y los actores relatan y nos muestran sus personajes en un espacio con dos gradas y el centro de atención.

El reparto, potente y sobrio a la vez, une veteranía y juventud. Carles Canut, Pep Molina, el propio Alberto Iglesias. Guillem Motos, Ramón Pujol y Amparo Pamplona, aplaudida en un mutis tras su brillante intervención en el patio de butacas.

Sócrates-José María Pou, con los pies desnudos, libre de pensamiento, defiende la verdad. Denuncia la corrupción y los derechos pisoteados por las clases dominantes. Un intemporal mensaje, muy vivo, que se pudo ver en el Festival Clásico de Mérida.
